



braste. Está apercebido para mañana, para que subas luego al monte Sinai, y estarás conmigo sobre la cima del monte. Nadie suba contigo, ni sea visto alguno por todo el monte; ni bueyes ni ovejas sean apacentados enfrente de él.» Moisés ejecutó esta orden.

Entonces, habiendo descendido el Señor en una nube, estuvo Moisés con él, invocando el nombre del Señor, el cual pasando delante de él dijo: «Dominador Señor Dios, misericordioso y clemente, sufridor, infinito en misericordia y en verdad, que guardas misericordia en millares, que quitas la iniquidad y las maldades y los pecados, y en cuya presencia ninguno hay que por sí no sea inocente. Que retornas la iniquidad de los padres sobre los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generacion.» Y presuroso Moisés se encorvó inclinado al suelo, y adorando, dijo: «Señor, si he hallado gracia delante de tí, ruégote que camines con nosotros, porque es un pueblo de dura cerviz, y que quites nuestras iniquidades y pecados; y que nos poseas.» Respondió el Señor: «Yo haré el pacto á vista de todos, haré señales que nunca se vieron sobre la tierra, ni en algunas naciones, para que vea ese pueblo, en medio del cual estás, la obra terrible del Señor que tengo de hacer (1).»

¿Quién es el que se hace ver así á Moisés? Él mismo se llama el Eterno, Dios, infinito en misericordia, el que quita el pecado, el que no puede verse tal como es en sí mismo sin morir, el que no puede verse sobre la tierra más que como un espejo, en alguna cosa inferior, en la sombra que le sigue. Moisés le llama Jehová, Adonai; Moisés le adora y le ruega que perdone el crimen que acaba de cometer Israel, adorando á la criatura en vez del Criador. ¿Cómo no reconocer al ángel de Jehová, el ángel de la alianza, el ángel del gran consejo, el Verbo de Dios, Dios de Dios, verdadero Dios de verdadero Dios, que ha descendido del cielo para borrar los pecados del mundo?

«Esta es la excelente doctrina de los Padres, dice Bossuet, maravillosamente explicada por Tertuliano. Este grande hombre cuenta, que ha-

(1) Exodo, 34, 1 y 10.

biendo resuelto el hijo de Dios tomar una carne semejante á la nuestra cuando llegara la hora, desde el principio le plugo siempre conversar con los hombres; que con este designio frecuentemente descendió del cielo; que era el que desde el Antiguo Testamento hablaba en forma humana á los patriarcas y á los profetas. Tertuliano considera estas diferentes apariciones como preludios de la encarnacion, como preparativos de esta gran obra que se comenzaba desde entonces. De esta suerte, dice, el Hijo de Dios se acostumbraba á los sentimientos humanos; aprendia, por decirlo así, á ser hombre; se complacia en ejercer desde el origen del mundo lo que debia ser en la plenitud de los tiempos. O más bien, continúa Bossuet, para hablar más dignamente de un tan elevado misterio, él no se acostumbraba, sino que nos acostumbraba á nosotros para que no nos espantáramos cuando oyéramos hablar de un Dios-Hombre; no se enseñaba, sino que nos enseñaba á nosotros mismos á tratar más familiarmente con él, deponiendo dulcemente esa majestad terrible para acomodarse á nuestra debilidad y á nuestra infancia. Tal es el designio del Salvador (1).»

Una maravillosa concordancia confirma esta doctrina de los Padres. Sobre este mismo monte Horeb, sobre esta misma roca, en esta misma caverna en donde Moisés vió las transfiguraciones de Dios, el profeta Elías la verá bajo esta forma cinco siglos despues. Posteriormente, uno y otro, sobre un monte muy elevado, verán la trasfiguracion del Verbo hecho carne; trasfiguracion descendente en tanto que es Dios; trasfiguracion ascendente en tanto que es hombre; conversarán con él acerca de su próxima muerte, que debia cumplir la ley y los profetas; aparecerán con gran majestad para rendirle homenaje como á su Señor, entrarán con él en la nube; pero á esta palabra del padre: «Este es mi hijo muy amado en quien yo he puesto mis complacencias, escuchadle,» desaparecerán como la aurora ante el sol que ella anuncia.

(1) Bossuet, 1. *Sermon sur la concept. de la Sainte Vierge.*

CAPÍTULO II

Nuevas tablas de la ley.—Lo que figuraban la destruccion de las primeras y el velo de Moisés.— Construcción, dimensiones y descripción del tabernáculo.—El arca de la alianza; sus dimensiones.—Presencia de Dios en medio de Israel y de los patriarcas.—Ceremonias relativas al arca, figurativas de la vida de Jesucristo.—Señales para los campamentos.—Orden de marcha; su figura en la vida del cristiano.—Aaron, pontífice y juez supremo.—Ornamentos sagrados.—Consagración de Aaron y de sus hijos.—El fuego sagrado.—Funciones de los sacerdotes y de los levitas.—Su posición social y reciproca.—Muerte de Nadab y Abiú.—Empadronamiento militar de las tribus.

Moisés permaneció en la montaña de Horeb, prosternado ante el Señor cuarenta dias y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua, lo mismo que la primera vez, á causa de los pecados del pueblo y para obtenerle la más completa misericordia (1). En señal de reconciliación, Dios escribió sobre las nuevas tablas las diez palabras de la alianza. Cuando Moisés descendió del monte, llevando en sus manos las dos tablas de la alianza, no sabia que su cara estaba radiante por la compañía de la plática del Señor. Y viendo Aaron y los hijos de Israel radiante la cara de Moisés, temieron llegársele cerca. Y llamados por él, volvieron así Aaron como los príncipes de la sinagoga. Y despues que les habló, vinieron á él tambien todos los hijos de Israel, á quienes mandó todo lo que habia oído del Señor en el monte Sinai. Y acabadas las pláticas, puso un velo sobre su rostro. El cual, entrando al Señor y hablando con él, se lo quitaba hasta que salia, y entonces decia á los hijos de Israel todo lo que le habia sido mandado, los cuales veían que estaba radiante la cara de Moisés cuando salia; pero él cubria de nuevo su rostro siempre que hablaba con ellos (2).

Las primeras tablas de la ley, quebradas al pié del Sinai, anunciaban que esta primera alianza no duraria siempre, sino que despues de cierto tiempo cederia su lugar á otra; el velo que Moisés se veía obligado á poner sobre sus

(1) Deut., 9, 18.

(2) Exodo, 34, 28 y 35.

ojos cuando conducia las segundas tablas, indicaba que la nueva alianza permanecería encubierta para una gran parte de Israel. Esto es lo que vemos desde hace diez y ocho siglos. Sin embargo, el velo comienza á levantarse para muchos. No se quita, dice San Pablo, más que cuando se convirtiere al Señor, á Cristo (1); del mismo modo que Moisés no levantaba el suyo sino cuando entraba al Señor. Nuevo motivo para presumir que el Eterno que hablaba á Moisés, era el mismo que Cristo-Dios.

Una señal todavía más brillante de la reconciliación del Señor con los hijos de Israel, fué el santuario que él se hizo construir para habitar en medio de ellos (2), con una especie de presencia real. Quiso no emplear en él más que donaciones voluntarias. Desde que Moisés hizo conocer su intencion, hombres, mujeres, príncipes y pueblo ofrecieron con mucho celo todo lo que era necesario para la construcción del tabernáculo, del arca de la alianza, vasos y ornamentos sagrados, oro, plata, telas y piedras preciosas. La diligencia fué tan general, que al tercer dia Moisés prohibió llevar más. Obremos inteligentes, señaladamente Beseleel, de la tribu de Judá, trabajaban en él con ardor, y hacían todo segun el modelo que el Señor habia mostrado á Moisés sobre el monte. Estando acabado todo, Moisés erigió el tabernáculo el primer dia del primer mes del se-

(1) 2 Cor., III, 14, 16.

(2) Exodo, 25, 8.



gundo año despues de la salida de Egipto. Era este, como ya lo hemos dicho, un templo portátil en forma de tienda, de treinta codos de largo, diez de ancho y diez de alto. Estaba dividido en dos. La primera parte tenia veinte codos de larga y diez de alta, y se llamaba el santo ó el santuario; la segunda tenia diez codos de ancha y otros tantos de larga; no se podía llegar á ella más que por la más grande; llamábase el santo de los santos. Una y otra estaban separadas por un velo muy rico, bordado de oro y sembrado de querubines. En el santo de los santos estaba el arca de la alianza. En el lugar santo y delante del velo, estaba el candelero de oro de siete brazos, que se encendía desde la tarde á la mañana; el altar de oro, en donde se quemaban los perfumes; la mesa de oro, sobre la cual se ofrecían cada semana doce panes, llamados panes de proposición. Todo el tabernáculo, compuesto de tablonces de madera de setim, revestidos de oro, sujetos por barrotes y cubiertos por cuatro series de tapioces, estaba hecho de manera que podía colocarse y levantarse fácilmente. A su entrada del lado oriental, no habia tablonces, sino una cortina suspendida de cinco columnas doradas, cuyos capiteles eran de oro y la base de cobre. Al rededor de esta santa morada seguía un recinto ó átrio de cien codos de largo por cincuenta de ancho, cerrado por cortinas sostenidas por columnas chapeadas de plata, con capiteles del mismo metal y bases de cobre. Todo Israel podía entrar en el átrio, en donde se ofrecían los sacrificios sobre el altar de los holocaustos, colocado á la entrada del tabernáculo. Sólo los sacerdotes entraban en el lugar santo. En el santo de los santos sólo podía entrar el gran sacerdote una vez por año, el día de la expiación; únicamente entonces pasaba detrás del misterioso velo, suspendido sobre cuatro columnas de madera de setim, cubiertas con láminas de oro, con capiteles de oro y bases de plata. Este es el velo delante del santo de los santos, que se rasgó de alto á bajo cuando nuestro Salvador espiró sobre la cruz, cuando el pontífice eterno entró en el eterno santo de los santos.

«Haced todo segun el modelo que os ha sido

enseñado en el monte.» Esta es una orden frecuentemente repetida á Moisés. Lo que Moisés hizo en consecuencia de esta orden, el tabernáculo en particular, no es, pues, más que una sombra, un oscuro indicio de una cosa más real y más grande, de un tabernáculo más divino. ¿Pero cuál es este tabernáculo modelo? San Pablo nos dice que no es de mano de hombre, sino obra de Dios, y que su santo de los santos es el cielo mismo. Esta palabra nos hace saber que el tabernáculo de Moisés era un símbolo de todo lo que es. Habia allí como tres partes: el átrio ó recinto exterior para todo el mundo; el santuario de los sacerdotes; el santo de los santos, abierto solamente al gran sacerdote. Así en el cristiano tabernáculo viviente, existen los sentidos que se ciñen al mundo exterior; la razón, que penetra al través de este primer velo, y se aproxima á Dios; la fe ó la gracia que pasa al interior del segundo velo, que separa á la criatura del Criador y le une á Dios inmediatamente. En el Universo, este templo inmenso existe, el mundo de los cuerpos, en donde Dios ha impreso sus huellas; hay el mundo de las inteligencias, en donde Dios ha grabado su imagen, y hay tambien el mundo inefable, el cielo, en donde Dios se manifiesta á sus elegidos tal cual es. En la humanidad hay una parte, los hijos del siglo, que se limita al exterior; otra, los hijos de la luz, la Iglesia militante, penetra en el interior; una tercera, los santos, la Iglesia triunfante, está cerca de Dios y goza de su clara vista. Mientras que el pontífice eterno, Cristo, pasando por el tabernáculo de su cuerpo, no hubo entrado con su propia sangre en el celeste santuario, el camino no estaba abierto, sino todavía oculto. Esto es lo que significaba el pontífice figurativo, no entrando más que una vez por año en el interior del tabernáculo temporal.

La gloria del tabernáculo figurativo era el arca de la alianza. Consistía esta en una especie de cofre de madera de setim, cuya longitud era de dos codos y medio, la latitud y la altura de codo y medio. Revestida por dentro y por fuera de oro puro, contenía las tablas de la ley, un vaso de maná del desierto, y la vara de Aaron que floreció milagrosamente. Su tapa,



llamada propiciatorio, de un oro purísimo, tenía á sus dos extremos dos querubines de oro que la cubrían con sus alas. Desde allí, desde lo alto del propiciatorio, de en medio de los dos querubines, es desde donde el Eterno expresaba sus oráculos, y desde donde, por medio de Moisés, hacia conocer su voluntad á los hijos de Israel.

«No hay ninguna nacion, decía este grande hombre, que tenga tan cercanos á sí los dioses, como el Dios nuestro está presente á todos nuestros ruegos (1).» Era esto el cumplimiento de lo que el Señor habia anunciado: «Yo estableceré mi residencia en medio de vosotros, estaré en medio de vosotros, allí habitaré y me pasearé (2), yendo y viniendo, por decirlo así, y no abandonándoos jamás.» Así, el fruto de nuestra alianza con Dios y de nuestra union con él, es que esté y habite en [medio de nosotros, y aun tambien que habite de una manera sensible. Así habitaba en el Paraíso terrenal, yendo y viniendo, y como paseándose en este santo y delicioso jardin; así se apareció visiblemente á nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob; así se apareció á Moisés en el fuego de la zarza ardiendo. Pero despues que se hizo un pueblo particular, á quien dió una ley y prescribió un culto, su presencia se volvió en cosa ordinaria, cuyo sello sensible y perpétuo estableció en el arca de la alianza.

Por su forma es el asiento de Dios; Dios descansa sobre los querubines y en las naturalezas inteligentes como en su trono. Tambien hay en el arca dos querubines de oro que cubren el propiciatorio, es decir, la plancha de oro fino, que es considerada como el trono de Dios. No aparecia encima de ella figura alguna, signo de la invisible majestad de Dios, puro espíritu que no tiene forma ni figura, sino que es una verdad puramente intelectual en donde los sentidos no tienen en qué fijarse. La presencia de Dios se hacia sensible por los oráculos que salían inteligiblemente de en medio del arca entre los dos querubines; el arca, en este estado, era llamada el escabel de los piés del Señor (3).

(1) Deut., 4 y 7.

(2) Lev., 26, 11 y 12.

(3) 1 Paral., 28 y 2. Thren., 2 y 1.

Se la tributaba la adoracion que era debida á Dios, conforme á esta palabra: *Adorad el escabel de sus piés* (1); porque Dios descansaba en ella y allí tomaba su asiento. Sobre el arca se le consideraba cuando se le hacia esta súplica: «Tú, que gobiernas á Israel, atiende; tú, que guías á José como á oveja, que estás sentado sobre los querubines, manifiéstate (2).» Cuando el pueblo se ponía en marcha, se levantaba el arca, diciendo: *Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu rostro los que te aborrecen* (3).» Y cuando se iba á acampar, se descendía el arca y se la colocaba, diciendo: *Vuelvete, Señor, hácia la multitud del ejército de Israel* (4).» Dios, pues, se levanta con el arca y descende con ella; el arca es llamada el Señor, porque ella le representaba y atraía su presencia. Por esta razon se decía á los ángeles, poniendo el arca en su lugar: «Alzad, oh príncipes! vuestras puertas, y levantaos vosotras, oh puertas eternas! y entrad el Rey de la gloria (5);» y tambien: «Entrad Señor, á tu reposo, tú y el arca de tu santificación (6).»

Y todo esto en figura del Señor Jesús, del cual San Pablo dijo: «¿Quién es el que subió á los cielos sino el que antes habia descendido á los lugares más bajos de la tierra (7)?» El mismo Señor Jesús subiendo á los cielos deja entre nosotros su cuerpo y su sangre y toda su santa humanidad, en la cual su divinidad reside corporalmente; y lo que el antiguo pueblo decía en enigma y como en sombra, nosotros lo decimos verdaderamente mirando con la fe al Señor Jesús: «Verdaderamente no hay nacion alguna que tenga tan cercanos á ella sus dioses, como nuestro Dios está cerca de nosotros.»

Tal es, pues, el carácter de la verdadera Iglesia y del verdadero pueblo de Dios: tener á Dios en sí. Amamos la Iglesia católica, verda-

(1) Ps. 98-5.

(2) Núms., 79-2.

(3) Ibid., 10 y 35.

(4) Ibid., 10 y 36.

(5) Ps. 23-7.

(6) 1 Paral., 6 y 41.

(7) Ps. 131-8.

déra iglesia de Jesucristo, y la decimos con el profeta: «No hay otra en donde Dios esté; sois la única que se glorifica con su presencia. Hacednos dignos de su venida, y practiquemos lo que dice Santiago: Aproximémonos á Dios, y Dios se acercará á nosotros; aproximémonos á él por amor, y él se acercará á nosotros por el goce que se comienza en esta vida y se consuma en la otra (1).»

Moisés erigió, pues, el templo santo en el primer día del primer mes del segundo año. Al punto cubrió la nube el tabernáculo de la alianza, y llenóle la gloria del Señor. Y no podía entrar Moisés en el tabernáculo de la alianza, cubriéndolo todo la nube y brillando la majestad del Señor (2). Esta nube cubría el tabernáculo durante el día, y por la noche se convertía en vista de fuego hasta la mañana. Así sucedió constantemente. Cuando la nube se elevaba, entonces los hijos de Israel se ponían en marcha; en donde ella se detenía, allí se colocaba el campamento. Marchaban á la orden del Señor, y á la orden del Señor acampaban; mientras que la nube permanecía sobre el tabernáculo, ellos estaban en el mismo lugar; si sucedía que permanecía mucho tiempo, los hijos de Israel esperaban las órdenes del Eterno, y no marchaban. Algunas veces la nube estaba pocos días; como ellos acampaban á la orden de Dios, partían también á su mandato. Si la nube estaba detenida desde la tarde hasta la mañana, y de repente al amanecer se elevaba, se ponían en marcha. Y si se detenían dos días ó un mes ó más largo tiempo sobre el tabernáculo, permanecían en el mismo lugar los hijos de Israel y no marchaban; mas al punto que se retiraba, movían el campamento. Por la palabra del Señor fijaban las tiendas, y por la palabra del mismo marchaban; y estaban haciendo la guardia al Señor, como él lo había mandado por mano de Moisés (3). Había un sonido de trompeta para reunir á todo el pueblo delante del tabernáculo; otro sonido convocaba á él solamente á los príncipes y á los jefes

(1) Bossuet, 9 serm., 8, elevat.

(2) Exodo 40, 31 y 33.

(3) Núms., 9, 15, 23.

de Israel; otro daba la señal de partida. Al primer sonido de esta especie, las tres tribus acampadas al Oriente, Judá, Isacar, Zabulon, se ponían en marcha; al segundo, las tribus acampadas al Mediodía, Ruben, Simeon y Gad; al tercero, las tribus del Poniente, Efraim, Manasés y Benjamin; al cuarto, las tribus del Septentrion, Dan, Aser y Neftalí. Delante de todos ellos marchaba el arca de la alianza del Señor, indicándoles el camino y los lugares de descanso (1). La nube les cubría durante el día, para preservarles de los rayos solares. Y cuando el arca se ponía en marcha, Moisés decía: «Levántate, Señor, y sean disipados los enemigos, y huyan de tu rostro los que te aborrecen.» Cuando era bajada decía: «Vuélvete, Señor, hacia la multitud del ejército de Israel (2).»

Así, en el desierto no se habitaba, se acampaba, se estaba bajo tiendas, y sin cesar se envolvían y se trasportaban estas ambulantes casas; figura del cristianismo en donde todo fiel es viajero. Guardémonos bien de detenernos en cualquier parte que sea; pasemos por encima, y siempre dispuestos á partir, siempre tambien dispuestos á combatir; velemos como en un campamento, siempre en centinela. En los campamentos ordinarios hay colocados muchos centinelas, á fin de que siempre dispuestos á despertarse á la primera señal, los soldados duerman un corto tiempo, sin entregarse por completo al sueño. Hay más en el campamento de la vida cristiana: cada uno en particular debe velar siempre; cada cual, en centinela sobre sí mismo, debe estar sobre ojo contra un enemigo que no se da punto de reposo y que constantemente gira en nuestro derredor para devorarnos. No nos fiemos en el reposo que algunas veces parece darnos; con él no hay paz, ni tregua, ni seguridad alguna sino en una perpetua vigilancia (3).

Para verificar la conquista de Canaan, Israel tenía por estandarte el arca del Señor con su columna; nosotros tenemos la cruz del Señor para hacer la conquista del cielo. Las gentes,

(1) Núms., 10, 33.

(2) Ibid., 10, 35 y 36.

(3) Bossuet, 9 serm., 10 elevat.

aferradas á la letra que mata, y extrañas al espíritu que vivifica, nos llaman idólatras por adorar la cruz en vista del que murió sobre ella; dicen que está prohibido por la ley. ¡Cielos! Ved, pues, el arca del Señor en donde está guardada esta ley. Está adornada de dos querubines, y se la adora en vista del que hace oír sus oráculos encima de ella. Pues bien: tenemos imágenes de santos, como Israel tenía imágenes de espíritus celestes; adoramos la cruz en el mismo sentido que Israel debía adorar el arca; oímos la ley de Dios, como Dios mismo la explica por medio de su Iglesia.

Después de la erección del tabernáculo, Moisés procedió, según el orden de Dios, á la consagración del soberano pontífice y de los sacerdotes Aaron y sus hijos. El pontífice era el jefe de la nación como sociedad religiosa y aun como sociedad civil, en su cualidad de soberano juez. Cuando los magistrados que se sentaban á las puertas de las ciudades encontraban un negocio difícil de juzgar, debían consultar á los sacerdotes; pero la decisión final correspondía al gran sacerdote; todo el que no se sometiera á ella debía ser castigado á muerte (1). Su cargo más importante le desempeñaba el gran sacerdote en el gran día de la expiación, el único en que entraba en el santo de los santos.

Dios había mandado, tanto para el gran sacerdote como para los demás, vestiduras sagradas de una forma particular. El vestido sobre la carne consistía en una túnica de lino, después encima había una ropa cuya parte inferior estaba guarnecida de granadas de jacinto y de púrpura, entremezcladas de campanillas de oro; el pontífice tenía encima de todo esto el efod, decorado en cada hombro con una piedra preciosa, en la cual estaban grabados los nombres de seis tribus de Israel; sobre el pecho, el racional, ornamento cuadrado en donde estaban engastadas con oro doce piedras del mayor precio, sobre cada una de las cuales estaba grabado el nombre de una de las doce tribus, para recordarle que era el mediador de Israel cerca de Dios; había en ellas también estas dos palabras: *Urim, thumim*, doctrina y verdad; de otra

(1) Deut., 17, 8 y 13.

manera: luces y perfecciones. Su cabeza estaba ceñida con una tiara de triple corona (1); sobre su frente brillaba una lámina de oro, en donde estaba grabado: *La santidad reside en Jehová*.

Los sacerdotes, hijos de Aaron, llevaban simplemente la túnica con su ceñidor, y mitras en lugar de tiara.

La consagración del gran sacerdote era muy solemne. Después de haber revestido por sí mismo con sus ornamentos á Aaron y sus hijos, Moisés les consagró por la unción del aceite santo y por la sangre de la víctima. El aceite de la unción estaba compuesto, según el precepto del Señor mismo; había servido ya para consagrar el arca de la alianza, el tabernáculo del testimonio; Moisés le esparció sobre Aaron y sobre sus vestidos, sobre sus hijos y sobre sus vestidos; inmolando después la víctima para la consagración, tomó de su sangre sobre el altar y roció á Aaron y á sus hijos.

Les mandó permanecer todavía siete días á la puerta del tabernáculo, observando día y noche lo que el Señor había mandado; su consagración no debía acabarse sino al fin de este tiempo. En el octavo día, Moisés llamó á Aaron, á sus hijos y á los ancianos de Israel, recomendó al gran sacerdote que ofreciese al Señor un sacrificio por el pecado y un holocausto, y que dijese á los hijos de Israel que ofrecía por su parte una víctima por el pecado, un holocausto y unas hostias pacíficas; «porque, decía, hoy se os aparecerá el Señor.»

Cuando Aaron acabó sus oblações y las de la asamblea, extendió sus manos hacia el pueblo, le bendijo y bajó del altar. Moisés y Aaron entraron en el tabernáculo del testimonio, y saliendo después bendijeron al pueblo, y la gloria del Señor se apareció á todo el pueblo. Y hé aquí que habiendo salido fuego del Señor devoró las víctimas, el holocausto y los sebos que había sobre el altar. Lo cual visto por la multitud, postrándose sobre sus rostros, alabaron al Señor (2).

Este es el fuego sagrado que, alimentado

(1) Josefo, Antiq., lib. III, c. VIII.

(2) Levit., c. IX.